

El otro tiburón.

VAN a prepararse para algún ejercicio? — dije yo.

—No—repuso él—. Va a librarse un combate. Los timbres eléctricos advierten a los hombres que se preparen y ordenan la protección total del *Vengador* y el cierre de las vidrieras a causa de las explosiones exteriores..

—¿Y a quién y a qué va a librarse combate?

He de confesar al punto que esta nueva aventura que venía a complicar todas las otras en el momento en que yo tenía el espíritu ocupado de una manera tan particularmente siniestra, se me aparecía, sin duda, como una de las menos deseables. Al doctor no le costó gran trabajo darse cuenta de mi furiosa emoción. ¡Sí, furiosa, porque era la cólera más que el miedo lo que me hacía sublevarme al fin contra tamaña perversidad de la suerte!

¿Por qué este encarnizamiento conmigo?
¿Qué le había hecho yo al cielo para que me

obligara a tomar parte, en el fondo de las aguas, en un combate que no me concernía y que era, sin duda, el más peligroso de todos los combates? Al menos así me lo imaginaba yo, y en vano el doctor me volvió a decir para tranquilizarme que "no sería nada".

—Han debido encontrar algún submarino alemán al que quieren dar caza. Esto no durará mucho tiempo. Por lo demás, si quiere usted verlo... El espectáculo vale la pena.

Yo me dejé conducir por él a través de los corredores. Me pareció notar que había un gran movimiento en el barco. Los timbres eléctricos no dejaban de hacerse oír, y encontramos grupos de marineros que marchaban presurosos hacia los puestos de la tripulación.

—¿Comprende usted? Van a la formación—me dijo el doctor.

Pero yo no comprendía en absoluto. Yo no veía la necesidad que tenía una tripulación que se dispone a luchar contra un submarino—cuando cada cual, por consiguiente, debe cuidarse, ante todo, de ocupar su puesto de combate—de ir a perder el tiempo en acudir a la formación.

Acontecimiento más extraño todavía: cuando pasábamos apresuradamente por delante del departamento de los prisioneros—"mi departamento"—se abrió la puerta que daba acceso a esta parte reservada del *Vengador*, y nosotros tuvimos que retroceder a otra galería para dejar paso al desfile de los prisioneros boches. Por lo menos había cierta cantidad de ellos... Yo

conté sesenta *que se hallaban aún íntegros* y unos treinta a los que les faltaba ya un brazo, ya una mano, ya una pierna... Los prisioneros de mulertas precedían a todos los demás.

A la cabeza del cortejo marchaban media docena de fusileros del *Vengador* con el arma al hombro. Detrás, un pelotón de doce hombres, con la bayoneta calada, cerraba la marcha.

—Son los rehenes y los *semi-rehenes*, a los que llevan a ver el resultado del combate. Es su única distracción, salvo, a veces, la pesca con caña... —me dijo el doctor con una seriedad de una tristeza increíble.

Yo no me detuve a tratar de comprender el sentido de esta nueva incoherencia, tanto más cuanto que el doctor había echado a correr gritándome:

—Procuremos llegar a tiempo. Esto se acaba en seguida.

Yo trepé por una escala tras él, y ambos nos encontramos en el cuarto de los instrumentos.

—¿Se puede pasar?—preguntó el doctor a un oficial al que yo había conocido recientemente y que estaba inclinado sobre la pantalla de visión, de que ya he tenido ocasión de hablar.

—¿Cómo no, doctor? Entre pronto; creo que vamos a divertirnos...

No era ésta la primera vez que oía yo a este oficial hablar de aquel modo y con aquel tono divertido. Aquella misma mañana, cuando yo buscaba el camino para dirigirme a la comida del capitán Hyx, me había acompañado un rato, entablando conmigo una conversación en extre-

mo agradable sobre la vida de a bordo desde que el capitán Hyx había descubierto el medio de suprimir el mareo. Tenía una de esas caras bonachonas de *midship* (guardiamarina), iluminada, gozosa y joven, que contrastaba con todo lo que yo había podido encontrar en el *Vengador*.

Me había confesado que había desertado de la marina norteamericana y que lo mismo hubiera desertado de todas las marinas del mundo, a causa de la desgracia que tenía, él, un oficial de marina, de no poder poner el pie en un barco sin sentirse presa de náuseas mortales. El mecánico Mabell, el ingeniero en jefe, del que era amigo desde joven, había sido quien le había llevado allí con la única promesa de "que ya no se marearía nunca". Creo recordar que para justificar más aún a mis ojos su presencia y sus servicios a bordo del *Vengador* me confió vagamente que los boches le habían asesinado algún pariente; pero no podría afirmarlo. En todo caso parecíame que él atribuía escasisima importancia a ese detalle. Me pareció ser de los que dicen de ordinario: "*Basta ser hombre para odiarlos, sin que sea necesario que hayan hecho algo.*"

Como me había hecho una seña animadora con la mano que tenía libre (la otra la apoyaba en un botón de mando), yo avancé unos pasos tras el doctor, sin miedo ya de ser indiscreto.

Entonces vimos en la pantalla un pequeño navío de guerra que maniobraba en la superficie del agua. Debía de ser un *destroyer*. Parecía poseer una gran agilidad, y a cada instan-

te cambiaba de rumbo como si buscara algo.

—¿No será a ese contratorpedero al que vayamos a atacar?—dije yo—. ¿Dónde nos encontramos?...

—Ese es un destroye inglés—repuso el alegre *midship*—. Y en cuanto a decirle el "punto" exacto en que nos encontramos no tengo derecho a hacerlo. Pero sí puedo hacerle saber que estamos a setenta metros bajo el nivel del mar.

—¿Y a quién van a atacar?

—Pues a un submarino boche al que quiere dar caza ese destroye y que ya no se atreve a enseñar su periscopio... *But misfortune never comes single...* (1). El submarino boche debe verse apurado en este momento, pues sus micrófonos le han señalado, sin duda, un submarino a sus flancos, y ya debe poner en duda que se trate de un submarino amigo.

—¿Pero él no les ha visto a ustedes todavía?—pregunté yo.

—Nadie puede vernos. Sin embargo, nosotros, gracias a nuestros faros de luz fría, no le perdemos de vista bajo el agua...

—¿De qué pueden servirles a ustedes sus faros si durante el combate están ustedes tan ciegos como él, toda vez que se ven en la necesidad de mantener cerradas prudentemente sus compuertas por encima de sus vidrieras?

—¿Y nuestros ojos eléctricos?

—Pero eso es para ver la superficie...

—¡Bah! ¿Por qué?... Vemos *por encima y por de-*

(1) Cuando viene una desgracia nunca viene sola.

bajo... Ya sabe usted que se puede fotografiar el fondo del mar: *Nosotros le cinematografiamos*. Por lo demás, espere usted y lo verá.

Y el oficial me mostró frente a él, fijada en el claveado muro de acero, otra pantalla que yo había tomado a lo primero por una pantalla de recambio, y que se iluminó de pronto tras una orden que lanzó por un tubo portavoz.

Entonces, esta segunda pantalla, a la que iban a parar una decena de hilos eléctricos, nos mostró un submarino que navegaba entre dos aguas.

—Uno de los últimos modelos boches—nos dijo el oficial.

¿Por qué ocultar que yo estaba absolutamente turbado?

Allí teníamos ante nosotros, en el fondo del mar, un gran pez de acero vivo, y mucho más temible que todos los tiburones de la creación. Se advertía el movimiento de las aguas alrededor de su hélice. De vez en cuando, y tras cierta vacilación, el afilado pico del enorme animal picoteaba en una dirección nueva.

—Podrían ustedes creer que ese submarino marcha muy despacio, y, sin embargo, despliega toda su velocidad—nos explicó alegremente el *midship*—. Sólo que, como nosotros marchamos a la misma velocidad que él, no nos parece que se mueve verdaderamente sino cuando cambia de dirección.

—¿A qué distancia estamos de él?

—A un cuarto de milla inglesa exactamente, y nos mantenemos imperturbablemente a esa dis-

fancia, haga lo que haga, intente lo que intente... Y él debe de saberlo. Sus instrumentos no se lo oculfan... Les digo a ustedes que deben de estar poniéndose furiosos todos ellos allí dentro.

—Pero al fin y al cabo—exclamé yo—, si están tan furiosos como usted dice, puede ocurrírseles enviarnos un torpedo, y usted no puede estar absolutamente seguro, después de todo, de que ese torpedo no ha de tocarnos... ¡Mire! ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?—exclamé yo.

—Pues bien—dijo tranquilamente el *midship*—, ahí lo tiene usted: es el torpedo anunciado... *In-deed! It is delightful!* (1).

—¿Un torpedo lanzado contra el *destroyer*?—pregunté yo jadeando.

—¿Contra el *destroyer*? Mire usted dónde está el *destroyer*.

Yo volví la vista a la primera pantalla que se hallaba puesta de plano en la mesa más próxima, y sólo descubrí ya, al ras del horizonte marítimo, una pequeña humareda blanca que se alejaba. El *destroyer* había perdido la pista y renunciaba, sin duda, a la caza o se iba a cazar a otra parte.

—Pero, entonces, ¿ese torpedo es para nosotros?

—*All right!* Pues claro. Para nosotros es, para nosotros. ¡Ya llega, ya llega!

Esto lo pronunció el oficial con un acento innarrable.

De hecho, se veía llegar perfectamente al

(1) Ciertamente, es delicioso.

torpedo. Este se agrandaba por momentos en la pantalla, haciendo reír al oficial; pero yo advertí que el doctor no se reía.

—Viene a nosotros—declaró el doctor—. No hay error. Quizás fuera ya hora de recurrir a “la deriva”.

—¿Es que se cree usted que vamos a desperdiciar el aire comprimido en alejar los juguetes de esos señores? ¡Dejémosles que se diviertan!

En la pantalla, el torpedo se agrandaba, se agrandaba, se agrandaba... No obstante, al agrandar iba alcanzando el borde superior de la pantalla.

—Como ven ustedes—dijo riendo el oficial— pasa por encima de nosotros.

Y luego se dignó explicar a los pobres mortales que éramos nosotros:

—Esos señores “tiran por cálculo”, pero no pueden calcular que nosotros nos encontramos a setenta metros bajo el nivel del mar. Eso excede a su imaginación. Creen que estamos, a lo sumo, a su misma altura, porque ellos han descendido a toda la profundidad que pueden descender sin peligro, y todo por rehuir al enemigo, que no les pierde de vista, y al que ellos no pueden ver... aunque lo sienten y lo oyen. Ya saben ustedes que la propagación del sonido en el agua es infinitamente más rápida y más “resonante” que en el aire.

—Sí, sí, ya lo sabemos—dijo el doctor con aire bonachón, a la vez que algo irritado—; pero aquí viene otro torpedo.

—Otros diez mil marcos en tonto—bromeó el *midship*.

Mientras el torpedo venía a nosotros aumentando de tamaño y dándonos la impresión de que iba a penetrar hasta en la sala en que nos encontrábamos, resonó el timbre eléctrico del teléfono.

Alargando el brazo, sin dejar de vigilar sus pantallas, el oficial había descolgado el receptor y escuchaba. Cuando hubo acabado, dijo:

—*All right!... El capitán se impacienta...* Por lo demás, vean cómo el submarino se remontó, todo lo de prisa que puede. Sin duda, quiere sacar su "anteojo" para tener noticias del destructor. El destructor arriba, nosotros abajo: no es cosa que le hará mucha gracia. *Indeed*. Pero vamos a acabar con sus angustias...

Al decir esto, el oficial manipulaba con mano firme diversas manecillas y palancas que se hallaban a su alcance; oprimía botones eléctricos... con el ojo atento a la pantalla vertical.

Ahora era el submarino el que se agrandaba y cuya silueta se deformaba singularmente, no ofreciendo ya aquella forma perfecta de cigarro que tenía momentos antes.

—Nos estamos acercando a él y ascendemos bajo él—anunció el *midship*—. ¡Atención! Vamos a enviarle uno de nuestros torpedos "de caza oblicua en altura".

El oficial se calló. Luego oprimió de pronto un botón eléctrico bajo el cual yo leí la palabra "¡Fuego!"

—El torpedo está lanzado—dijo el doctor—.

¿Va usted a enviarles otro? Si prevé usted un nuevo golpe, el señor y yo podríamos irnos a ver disparar el torpedo en la "cámara de los tubos".

—Miren... Van a saber ustedes tanto como yo.

Nuestros ojos, fijos en la pantalla vertical, nos mostraban un torpedo prodigioso que se deslizaba por el agua con una rapidez mucho mayor que el que habíamos visto pasar anteriormente por encima de nosotros. Este torpedo disminuía rápidamente sin cesar, pero el submarino disminuía también al mismo tiempo de un modo muy apreciable.

—Como ve usted, también ellos ven—exclamé yo—. ¡Huyan del torpedo!

—Ilusión de óptica!—replicó el oficial—. Somos nosotros los que nos alejamos ahora del submarino... De todos modos, era un barco hermoso. ¿Saben ustedes que se encontrarán unos sesenta allí dentro? *Sesenta, de los que no escapará ni uno...*

—*Yo prefiero que mueran así*—dijo el doctor en voz baja.

—¡Oh! Y además, ¿en dónde iba a metérseles?—dijo chanceándose el alegre *midship*—. *Ahora tenemos la carga completa de rehenes...* ¡Atención! ¡Me parece que ya está!... Si les tocamos tenemos que oír algo... Imagínense que sus torpedos, del género *whitehead*, no contienen nada más que 75 kilogramos de pólvora, mientras que los nuestros tienen 180 kilos...

Casi inmediatamente se produjo la explosión. Nosotros nos encontramos como en el centro

de la conflagración, o, para darme a entender mejor, el estruendo vibratorio fué tal en torno nuestro, que yo me imaginé hallarme en el centro de un fruero, lo que, evidentemente, no quiere decir absolutamente nada, pero, sin embargo, traduce admirablemente mi pensamiento.

—¿Comprende usted ahora por qué, a pesar de nuestra superioridad y la certeza casi absoluta que tenemos de no ser tocados, cerramos sin embargo nuestras ventanas?— me preguntó el oficial, que parecía hallarse en un estado de extraordinaria alegría.

Sin aguardar mi respuesta, dirigió por medio de un tubo acústico a la cámara de los tubos esta única palabra: "¡Enhorabuena!"

Y añadió en inglés, riéndose con excesivo estruendo y mostrando unos dientes terribles:

—*Contentment is better than wealth* (1).

Yo hubiera querido quedarme frente a la pantalla, en la que ya empezaba a discernirse algo entre la súbita confusión en que se había disipado la imagen, hasta entonces clarísima, del submarino; pero el doctor firaba de mí.

—Venga — me dijo—. Venga. *Van a abrir las ventanas...*

Y sin pedirme mi opinión, me hizo descender la escala más rápidamente aún de como la había subido.

—Así, pues— le dije yo mientras le seguía por el corredor—, ese oficial que acabamos de dejar

(1) Vale más la satisfacción que la riqueza.

¿acaba de hundir él solo el submarino? ¿Qué es lo que han hecho los demás?

—Nada, excepto el hombre que ha enviado el torpédo... Es exacto que ese oficial y su "artillero" son, en efecto, los únicos que han combatido. Es una lástima que no hayamos tenido tiempo de descender a la "cámara de los tubos"—añadió el excelente doctor—. Habría usted presenciado la maniobra, que no es nada trivial. ¡Pero otra vez será! Una cosa particularmente interesante es el manejo del mecanismo de la puntería con su "ojo eléctrico", porque aquí, al contrario de lo que sucede en los demás submarinos, en los que los hombres no tienen que ocuparse más que de meter los proyectiles en los tubos, vaciar el agua de éstos después del tiro mediante la succión de las bombas y luego volver a cargarlos para tirar *sin ver* a la orden de fuego, los artilleros del *Vengador* tienen pantallas de "puntería con ojo eléctrico", correspondientes a discos de maniobra para el *desplazamiento* de los tubos. Nuestros tubos son verdaderos cañones, y los hombres que los sirven verdaderos *artilleros...*

—Sí, sí; es extraordinario... extraordinario... El oficial arriba, en la cámara de los instrumentos, y el artillero abajo, con sus tubos... Y ahí tenemos sesenta hombres muertos sin que, al fin y al cabo, nos hayamos molestado mucho.

—Es verdad. Al fin y al cabo, esto no molesta, como usted dice...

—Pero entonces — proseguí yo —, ¿por qué todo ese alboroto, todos esos marineros que co-

rían como locos, esos timbres eléctricos que anunciaban el zafarrancho de combate?... ¿Qué zafarrancho de combate? ¿Podría usted decirme?

—Ya se lo he dicho... *Iban a acudir a la formación.*

Decididamente, el doctor me irritaba con su *formación.*

En fin, yo corría detrás de él por los corredores, sin darme perfecta cuenta de mis pasos... Por lo demás, en aquel navío me parecía estar siempre perdido, y cada vez que me encontraba en un sitio que conocía, no podía contener una exclamación.

Así, que volví a asombrarme una vez más cuando descubrí que nos encontrábamos en la inmensa sala de gala, en lo alto de la galería de los órganos, a unos pasos de la gran escalera de mármol de doble revolución. Pero esta vez mi asombro no era injustificado...

Desde el lugar en que nos encontrábamos nosotros, nuestra mirada abarcaba el conjunto de una escena que no tenía nada de trivial. Allí se encontraban dos grupos de hombres alineados como para pasar revista.

El primero, cuya primera fila casi tocaba el gran tapiz de la famosa *Batalla* de Ruyter, estaba formado por todos los prisioneros (indemnes o mutilados) que habíamos visto desfilar por los corredores. El segundo grupo lo constituía la tripulación, vestida de gran gala, *en formación...*

Este segundo grupo se alineaba exactamente detrás del primero. Estaba armado y hubiera po-

dido creerse que se hallaba allí exclusivamente para vigilar al otro grupo, aunque ocupaba aquel lugar, como pronto vimos, por su gusto particular.

Yo calculé que seríamos aproximadamente (entre tripulación y prisioneros) unos quinientos hombres. El más solemne silencio reinaba en la vasta sala, que resplandecía de luces eléctricas...

Detrás de la tripulación, en los primeros escalones de la escalera de mármol, se hallaban los oficiales, cruzados de brazos. Algo más arriba, en el primer rellano de esta escalera, se erguía inmóvil la fuerte silueta del Irlandés. El Hombre de los ojos de muerto, inclinaba la cabeza sobre un pequeño libro, en el que parecía leer oraciones.

Yo no vi al capitán Hyx.

De pronto se apagaron a medias las luces mientras que el tapiz que ocultaba la gran vidriera de fuerte armazón de cobre, se alzaba como había acaecido cuando se me había permitido contemplar por vez primera los abismos del océano y el combate de los atunes y el tiburón. Ahora descubrimos en el centro de las aguas iluminadas *a l otro tiburón*, herido también de muerte.

El *Vengador* se había aproximado grandemente al submarino, que sólo era ya un enorme despojo hendido, "estallado", que se hundía, se hundía... descendía... Y nosotros descendíamos con él...

Diríase que también nosotros nos hundía-

mos... Sólo que nosotros habíamos conservado la libertad de movimientos y dábamos la vuelta lentamente alrededor de aquel formidable despojo.

Se distinguían numerosos detalles que atestiguaban que nos hallábamos, en efecto, ante uno de los últimos modelos salidos de los talleres teutones. Así, las dos torrecillas que contenían cañones de 100 milímetros (de creer las últimas indiscreciones que habían llegado a oídos míos en Madera), aparecían muy claramente entre las superestructuras.

Los quioscos, guarnecidos de gruesos cristales que permiten a los oficiales vigilar directamente el horizonte cuando el submarino navega a flor de agua (sobresaliendo tan sólo dichos quioscos), nos mostraban sus impenetrables cubiertas herméticamente cerradas al misterio del drama interior.

Había que mirar por debajo para ver la horrible abertura que acabábamos de practicar en el monstruo de hierro. Y de pronto, aquel lúgubre agujero dejó pasar cosas informes, pesadas, enormes, y *residuos indescritibles*, como se habían escapado anteriormente las entrañas del vientre abierto del fiburón.

El submarino se vaciaba por la herida prodigiosa que le habíamos hecho.

Y lo mismo que en el caso del fiburón, el mar enrojeció en torno suyo.

También él tuvo un último sobresalto y se revolvió sobre sí mismo.

Y luego vimos aún algo más. La horrible fiera

submarina se dividía suavemente por la mitad... Su herida se agrandaba, se agrandaba... Ya no quedaban ahora más que dos trozos del monstruo, y todo ello se contrajo una vez más... y esta vez vimos que por las enrojecidas aguas se deslizaban "racimos humanos"!

Y nosotros descendimos con los racimos humanos, que descendían lentamente, lentamente...

Habíamos dejado que los últimos despojos de acero continuaran su rápido camino; pero no abandonábamos a los "racimos humanos"...

Estos desgraciados descendían, por lo general, en grupos de cinco o seis, con las manos crispadas furiosamente en las ropas o en los cabellos del compañero. Se adivinaba que la muerte había debido sorprenderles en el gesto supremo, inútil, instintivo que habían realizado para salir de algún callejón en donde se habrían encontrado, aplastado, desgarrado, quedando abrazados en el fondo del agua homicida...

¡Oh! ¡Horror de la muerte en los combates submarinos!... ¡Y ésta era una de las más dulces, puesto que había sido la más rápida!... ¡Ay! ¡Ay! No les había bastado a los hombres la tierra, el aire y *la superficie del mar* para combatir y matarse: su genio asesino se había sentido ahogado en estos viejos dominios. ¡Aún no había hecho nada, puesto que todavía le quedaba algo que hacer! ¡Ahora puedes estar contento, Caín! Tu crimen ha conquistado el abismo y hace retroceder el límite del mal impuesto por el mismo Dios.

Así pensaba yo mientras descendía también

al fondo del abismo y al fondo de mí mismo, frente a aquellos "racimos humanos".

Y entretanto elevábase el terrible cántico de muerte del *Vengador*... el réquiem que ya había oído yo cierta noche, cántico que me había erizado los cabellos:

"También aquél beberá el vino de la cólera de Dios, cuyo vino será vertido puro en la copa de su cólera. Y aquél será atormentado por el agua, el fuego y el azufre, en presencia de los santos ángeles y del Cordero..."

„¡Así sea!

„Y el humo de su tormento se elevará en los siglos de los siglos y los que hayan adorado la Bestia y su imagen y hayan adoptado la señal de su nombre no encontrarán reposo alguno ni de día ni de noche... ¡Así sea!"

Yo oí al Ángel de las Aguas que decía:

—¡Señor! Tú que eres, que fuiste, que serás, eres justo porque has pronunciado estos juicios: pues ellos han derramado la sangre y por eso Tú les has dado sangre a beber, porque se lo merecen. ¡Así sea!...

Y el Irlandés preguntó:

—Hermanos míos, ¿quiénes sois?

Y toda la tripulación contestó:

"Somos los *Angeles de las Aguas*, que herimos en nombre del Señor."

Y ahora como entonces el Irlandés alzó los brazos y dijo:

—¡Señor! Danos fuerzas para arrojar el Espanto por el Espanto y librar al Mundo del Mal... ¡Así sea!...

Luego elevóse de súbito el canto de los órganos... armonía terrible que me hizo experimentar un nuevo escalofrío hasta en los tuétanos.

Aquello no tenía comparación alguna con el cántico de dolor que había oído yo cierta noche: era el clamor temible de la venganza y de la victoria.

El coro de los ángeles, triunfantes tras la destrucción de los demonios, no haría elevarse bajo los pies del Señor un himno más furioso del amor vencedor de la muerte que esta música que nos llegaba de los órganos en el fondo del Océano...

Los *Angeles de las Aguas*, que habían pronunciado su oración de los difuntos de pie ante los racimos humanos, se arrodillaron para oír aquella música. Muchos de ellos sollozaban. El Irlandés de los ojos muertos lloraba. Yo también.

En cuanto a los prisioneros alemanes, puedo afirmar que no mostraban ni una lágrima. Habíéndose cerrado bruscamente las planchas exteriores de la "ventana", encendiéndose la luz en la gran sala de gala, yo los vi desfilar y pude examinarlos muy de cerca. Jamás he visto rostros más impasibles.

Si se había querido producirles dolor, ellos apenas si lo dejaban ver; quizás, después de todo, no experimentarían ninguno. En todo caso, si alguien había contado con su emoción, vería frustrado su propósito...